Algunos Aspectos del Pensamiento Social del Padre Kentenich

P. Patricio Moore

(Colección Carisma, Doctrina Social, v. 31, Ed. Patris (Argentina), 1992)

Uno de los capítulos más fecundos de la historia de la Iglesia contemporánea se inicia hace cien años con la publicación de la encíclica "Rerum Novarum". Por primera vez un Papa no se refería en forma directa a las verdades de la fe, sino que se adentraba en el campo de las relaciones sociales de un mundo cada día más complejo.

El Padre Kentenich no estuvo ausente de este desarrollo de la Iglesia. En diferentes épocas de su vida dio a conocer sus experiencias y reflexiones sobre los problemas sociales.

Es muy difícil sintetizar en pocas páginas el pensamiento social del fundador de Schoenstatt. Aún queda mucho por investigar, para alcanzar una síntesis clara de sus obras. En este artículo se intenta presentar algunos de los aspectos más relevantes de su pensamiento social. En primer lugar, se describe su experiencia con la pobreza y la injusticia pues estas vivencias marcan sus reflexiones posteriores. Más adelante se desarrollan los principios de orientación y las directrices de acción que puedan iluminar la construcción de un mundo nuevo donde reinen la verdad, la justicia y el amor.

1. Su experiencia personal

El Padre Kentenich poseía una gran sensibilidad por los problemas de su época; los signos de los tiempos fueron una de las fuentes que alimentaron su obra y su vida. Él mismo afirmaba que Schoenstatt integró creativamente las corrientes del tiempo para transformarlas en un todo orgánico[1]

Desde el comienzo de su vida sacerdotal se interesó por los problemas sociales. Recién nombrado Director Espiritual en el Seminario Menor de los Palotinos, en la llamada acta de prefundación de la obra de Schoenstatt (27 de octubre de 1912), se refiere al abismo a que podía conducir el progreso desmedido de los tiempos modernos, transformando al hombre en esclavo de sus propios inventos. Un desarrollo material sin límites, pero sin un crecimiento interior, puede destruir a la persona humana[2].

Muchos de sus alumnos provenían de familias pobres y con ellos trataba el problema de las desigualdades económicas y la necesidad de convertirse en apóstoles de lo social, desarrollando la sensibilidad por los más desposeídos.

Sin embargo, hay dos momentos en su vida en los que él experimenta especialmente la pobreza y la injusticia social: el período de la depresión económica de los años 29 y 30 y la Segunda Guerra Mundial.

1.1. Las jornadas sociales de los años 29 y 30

Durante la gran crisis financiera de esos años el Padre Kentenich lleva a cabo tres jornadas

[1] Cf., Kentenich, J., Studie 1956, p.11

[2] Cf., Kentenich, J., Schoenstatt 1912, p.15.

sociales en las que afronta este tema en forma directa y sistemática. Él mismo lo resume de esta manera: "Nosotros queremos hacernos la siguiente pregunta: ¿Cómo está nuestra relación con los más pobres? Me parece que para muchos la respuesta a esta pregunta es una liberación. Uno de ustedes me decía: 'Yo no iré más a Schoenstatt, si no se intenta dar una solución a los problemas sociales'[3]. En estas jornadas el Padre Kentenich se refiere a la relación de la Iglesia con los más pobres, al marxismo, al capitalismo, la propiedad privada, etc.

1.2. La Segunda Guerra Mundial

La gran experiencia de injusticia y violación brutal de los derechos humanos la vivió el Padre Kentenich durante sus años de prisionero en el campo de concentración de Dachau: la ciudad de la muerte y la locura[4], Dachau era un campo de concentración escuela, donde se formaban los expertos encargados de fundar nuevos centros de exterminio humano. Además, allí se concentraban los sacerdotes opositores a Hitler y se realizaban experimentos humanos. El mismo Padre Kentenich describió sus vivencias en Dachau como el tiempo del hambre, del desarraigo y de la ausencia de dignidad.

1.2.1. El tiempo del hambre

En el verano del año 42 se vivió el hambre en Dachau. Solamente en el mes de agosto murieron 484 personas a causa de la ausencia de alimentos[5]. El Padre Kentenich cuenta que en ese tiempo "no se veía nada más que esqueletos en movimiento"[6].

Esta experiencia de extrema necesidad lo sensibilizó especialmente frente a toda miseria humana: "Es muy valioso haber experimentado esta pobreza radical; de esta manera uno entiende mejor al pueblo sencillo en este tiempo de posguerra donde existe tanta necesidad"[7].

Para enfrentar el hambre que se padecía en Dachau, el Padre Kentenich y sus compañeros superaron esta situación de extrema pobreza coronando a la Virgen como la "Reina del Pan" y practicando, en cuanto era posible, la solidaridad con los demás prisioneros: compartían lo poco que recibían[8]. A partir de octubre de 1942 se permitió el ingreso de alimentos que provenían de los familiares. De esta manera finalizó, en parte, el tiempo del hambre que había dejado como secuela una gran cantidad de muertos.

1.2.2. El tiempo del desarraigo

Una de las finalidades de los campos de concentración consistía en despojar violentamente a los prisioneros de toda vivencia de hogar físico o espiritual. El Padre Kentenich comentaba esta situación afirmando: "Cuando el hombre se encuentra ante hechos de extrema necesidad, es imposible llevar una vida digna. Por ello la meta intencionada de los campos de concentración: lanzar al hombre a una situación primitiva para convertir hombres cultos en hombres primitivos."[9]

---

[3] Kentenich, J., Uber die soziale Frage 1929, p.1
[4] Cf., Kentenich,J., Texte zum 20. Januar, II, p.179.
[5] Cf., Monnerjahn, E., Häftling Nr. 29392, p.101.
[6] Kentenich,J., Texte zum 20.Januar, 11, p.181. 7. Op.cit., p.182-183.
[7] Op. Cit., p. 182-183.
[8] Cf., op. cit., p.192.
[9] Op. Cit., p. 185.

A través de un profundo diálogo con Dios, de establecer vínculos. personales con los restantes prisioneros y dictar cursos de dogmática, biblia, pedagogía y espiritualidad, el Padre Kentenich intentó superar el desarraigo brutal de Dachau. Esta realidad vivida en el campo de concentración es el símbolo más absoluto del desarraigo del hombre moderno.

Habiendo vivido esta experiencia radical de ausencia de hogar, el Padre Kentenich insiste en la importancia de que toda familia posea una casa digna donde vivir: "Si yo hablo de la creación del hombre nuevo, entonces hay que tomar muy en serio la primera condición: darle un hogar físico al hombre"[10].

1.2.3. El tiempo sin dignidad

Al ingresar al campo de concentración, se les decía a los prisioneros que ellos poseían un solo derecho: el derecho a ser maltratados[11] La justicia y los derechos fundamentales del hombre eran palabras que no existían en el vocabulario de Dachau. El Padre Kentenich resumía estos sentimientos de la siguiente manera: "Estas son situaciones en donde los ojos se llenan de lágrimas. Grandes personalidades, que hicieron importantes cosas en su vida, eran llevadas a la muerte sin misericordia y de la forma más cruel. ¡Cómo fue violada la justicia! Dios se encargaría más tarde de que no quedara nada del dominio nacionalsocialista... Lo que en pueblos civilizados sólo se lleva a cabo con animales, aquí se realizó con hombres"[12].

No es necesario entrar en descripciones minuciosas sobre las crueldades cometidas por el hombre con el hombre mismo cuando se deja de considerarlo en toda su dignidad de hijo de Dios.

Al Padre Kenntenich le tocó vivir una realidad que lamentablemente no terminó con la Segunda Guerra Mundial. En muchos países se siguieron violando los derechos fundamentales del hombre. Y justamente, el hambre, el desarraigo y la dignidad del hombre son los grandes temas de la Doctrina Social de la Iglesia. No cabe duda que los aportes del Padre Kentenich a los problemas sociales se vieron alimentados por su propia experiencia.

2. Principios de orientación

2.1. La dignidad del hombre

El fundamento principal de una Doctrina Social, en el espíritu del Padre Kentenich, reside en la dignidad del hombre. La preocupación por el hombre concreto es su gran pasión. El mismo insiste en este principio: "Si no logramos colocar en el centro de todas las reformas sociales al hombre mismo, si no alcanzamos con éxito la salvación de la dignidad del hombre y aseguramos sus derechos fundamentales, es decir, el derecho a la libertad personal y a la propiedad privada, jamás superaremos las desigualdades económicas y sociales"[13] Esta es una de las afirmaciones claves para entender el pensamiento social del Padre Kentenich. El problema social no constituye, en primer lugar, un problema de eficacia económica, sino que trata de reconocer la dignidad del hombre, y que, por lo tanto, toda herida a un hermano es una ofensa a Dios[14].

---

[10] Cf., op. cit., p.184.
[11] Cf., op. cit., p.205-206.
[12] Op. cit., p.188-189.
[13] Kentenich, J. Studie 1955, p.36-37.
[14] Cf., Kentenich, J., Studie 1948, p.101.

2.1.1. Fundamentación bíblica

La dignidad del hombre tiene su origen en la creación misma, por la que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios. En este contexto vale la pena mencionar estudios exegéticos actuales que ayudan a entender mejor esta afirmación bíblica, de la cual se desprende toda una teología de la dignidad del hombre.

La palabra "imagen" (en hebreo "Saelaem"), Gen1, 26, de acuerdo a su significado original se puede entender de tres maneras:

1. En el mundo oriental de aquella época, especialmente en Egipto que era la cultura dominante, se decía que el rey tenía el privilegio de ser tratado como "imagen" de Dios. Donde estaba el rey estaba Dios; a través del rey actuaba el Dios-Creador.
2. La palabra hebrea "saelaem" significa estatua o símbolo de Dios. En el mundo oriental antiguo la estatua de Dios representaba el poder de Dios. De esta manera el hombre es una estatua viva de Dios e instrumento de su acción en el mundo.
3. El contexto literario de Gen 1,26 y Gen 5,1-3, en donde se emplea la misma palabra, nos otorga una tercera posibilidad. Se utiliza la misma palabra para determinar la relación de Dios con el hombre y para determinar la vinculación de Adán con su hijo Set. De esta manera el término "imagen" caracteriza la relación de Dios con los hombres como la de parientes muy cercanos[15].

El hombre, como cumbre de la creación, es rey, estatua viva y pariente de Dios y, de esta manera, posee una dignidad inviolable. Toda herida inferida a un hombre es una herida a Dios.

Esta imagen del hombre es cercana al pensamiento del Padre Kentenich, siempre preocupado de la realización plena de cada persona. Él mira al hombre desde Cristo, y todo hombre, como miembro de su cuerpo, es parte de su naturaleza divina[16]. Aún más claras son las palabras del capítulo 25 del Evangelio de San Mateo que el Padre Kentenich interpreta de la siguiente manera: "Las palabras de Cristo: 'En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis' (Mt 25,40), no deben entenderlas en forma tan superficial. Todo rostro humano lleva los rasgos de Cristo. Al final de los tiempos Cristo dice estas palabras a aquellos que ingresan al cielo. La respuesta a estas asombrosas preguntas será: 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer; o sediento y te dimos de beber?' (Mt 25,37). Si todo cristiano es miembro de Cristo, entonces todo encuentro con un cristiano es un encuentro con Cristo."

Esta fue la solución a los problemas sociales de las primeras comunidades cristianas. Ellos ejercitaban la caridad no por compasión, sino por Cristo. Todo cristiano es un Cristo en figura de un hombre... Ellos entendieron y vivieron la palabra de Cristo en toda su radicalidad. 'Yo tuve hambre y me disteis de comer' (Mt 25,35)"[17].

La Virgen María juega un papel fundamental en la dignidad del hombre. Para el Padre Kentenich el dogma de la Inmaculada Concepción, corresponde al dogma de la dignidad del hombre[18]. Ella es el ideal del hombre redimido, la mujer más plena que alcanzó la dignidad más perfecta. Dios quiere que la idea de la dignidad del hombre se encame en un caso preclaro, en una clase magistral en donde la humanidad pueda contemplar su propia dignidad

---

[15] Cf., Zenger, E., Gottes Bogen in der Wolken, p.87-89.

[16] Cf., Kentenich, J., KwF 1956, p. 116.

[17] Kentenich, J., Marianische Sendung 1945, p.215-216.

[18] Cf., Kentenich, J., OW 1945, p.29.

de hijos de Dios[19]. "No necesitarnos - afirma el Padre Kentenich - visitar un campo de concentración para sentirnos desengañados del hombre. Sólo basta salir a las calles... Cuánta confusión y heridas en la naturaleza humana...Solamente por el hombre urgía proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción. El que cree en la Inmaculada, cree nuevamente en la grandeza y dignidad del hombre"[20].

Los derechos del hombre

De la dignidad del hombre corno hijo de Dios y miembro del cuerpo de Cristo, se desprenden para el Padre Kentenich tres derechos fundamentales: el derecho a la libertad, a la propiedad privada y al trabajo. La violación a estos derechos constituye una herida a la dignidad del hombre y, por lo tanto, una ofensa a Dios[21]. El Padre Kentenich concretiza la dignidad del hombre en estos derechos básicos, que son criterios para saber si se está respetando o violando su dignidad. El desempleo, el déficit habitacional, la falta de libertad de movimiento y pensamiento, la tortura... etc. son algunos ejemplos reales de violaciones a la dignidad del hombre.

El derecho a la libertad

La historia de la humanidad se podría considerar corno la historia de la lucha de los pueblos y de los hombres por alcanzar la libertad. Quizá algunas dictaduras hayan logrado acallar temporalmente, con sus armas, este deseo profundo de ser libres.

El mismo Dios, que es la libertad absoluta, creó al hombre a imagen y semejanza suya, con el anhelo de libertad en el alma. Ella constituye uno de los instintos esenciales de la naturaleza humana. El Padre Kentenich llama la atención sobre el hecho de que las batallas entre el cielo y la tierra, comenzando por Adán y Eva, se han llevado a cabo bajo la bandera de la libertad[22].

Añade el P. Kentenich: "Libertad exterior e interior; libertad política, económica, social y nacional. Estas son palabras que encuentran un profundo eco en el alma, ya que hoy nos oprimen con el yugo de la esclavitud. Mientras más pesado es el yugo de la esclavitud, más grande es el instinto por alcanzar lo contrario: libertad política, económica y pedagógica. Estas son todas formas exteriores de libertad. Pero también queremos recordar que existe una dimensión interior de la libertad, una libertad del corazón que se podría definir de la siguiente manera: ser libres de todo lo anti divino, y así, ser libres para Dios... Esta libertad interior es la condición, fuente y termómetro de la libertad exterior"[23].

La verdadera libertad de los hijos de Dios consiste en decidirse voluntariamente por los más leves deseos - y no leyes - de Dios. Esta concepción de la libertad contiene dos elementos principales: la capacidad previa de decisión y la capacidad de realizar luego lo decidido. No existe libertad sin opciones y decisiones, y sin que esas decisiones se lleven a cabo. De lo contrario se está hablando de utopías o sueños[24].

La libertad es un regalo de Dios a los hombres, quizá el más valioso y delicado. Es un don

---

[19] Cf., op. cit., p. 5.
[20] Op. cit., p.14-15.
[21] Cf., Kentenich,J., Studie 1955, p.32-42.
[22] Cf., Kentenich, J. KwF 1946, p.10.

[23] Op. cit., p. 9.
[24] C f., Kentenich, J., Studie 1949, p.229-230.

recibido por amor y por ello un bien que no es absoluto, que se encuentra en relación con su Creador. En el diálogo amoroso de Dios con los hombres y de los hombres con Dios se unen dos libertades al servicio del amor[25].

2.1.3. El derecho al trabajo

El trabajo constituye una de las claves para la solución de los problemas sociales. El Padre Kentenich afirma que para la construcción de un nuevo orden social urge superar el capitalismo y el marxismo con el fin de crear una sociedad nueva con un nuevo ethos del trabajo[26]. Él mismo define el trabajo como la participación del hombre en la actividad creadora de Dios[27]. De esta manera, el trabajo se convierte en una fuente de felicidad; a través suyo, el hombre realiza el encargo de Dios de ser fecundos y de colaborar con la naturaleza para tener vida en abundancia. Dios les entregó a los hombres el jardín del Edén rara que lo cuidara y para que de su labranza surgiera cultura. (cf. Gn 1,28-29). Dios le lleva al hombre los animales del campo y las aves del cielo "para ver como los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera". (Gn 2,19).

La racionalización, la rentabilidad y la concepción del trabajo como una mercancía transable en el mercado, han ido separando al trabajador de su obra y del consumidor, despersonalizando todo el sistema productivo. De esta manera pocos son los que se sienten colaborando en la actividad creadora de Dios. A esta realidad se agrega el drama del desempleo, problema no solucionado y que hiere profundamente la dignidad del hombre[28]. El trabajo debiera ser el medio común de sustentación de los hombres, un servicio a la sociedad, una forma de realización personal y un camino a la santidad.

2.1.4. El derecho a la propiedad privada

Para el Padre Kentenich el derecho a la propiedad privada es uno de los derechos fundamentales del hombre[29]. Define la propiedad privada dela siguiente manera: "Propiedad es el poder de disposición otorgado por Dios a una persona sobre algún bien en el marco de los límites queridos por Dios"[30]. Si la propiedad es concedida por Dios, Él es el único propietario absoluto y, por lo tanto, el hombre posee un derecho socialmente limitado sobre sus bienes, lo que significa la obligación de emplear la propiedad responsablemente, considerando el bien común. No se debe utilizar los medios de producción para empobrecer o explotar a los hombres o para destruir el medio ambiente. Los bienes de la tierra son un regalo de Dios para que todos los hombres tengan vida y la tengan en abundancia. "No debernos - nos dice el Padre Kentenich - poseer un concepto rígido de la propiedad privada. Ella tiene la carga de la justicia social y del amor. Allí donde se utilice mal la propiedad privada, el estado posee la obligación de expropiar y cuidar por una mediana empresa sana"[31].

El Padre Kentenich llama la atención sobre los peligros del capitalismo y del marxismo para lograr el desarrollo cristiano de la propiedad. El primero tiende a reunir la propiedad en manos de unos pocos olvidando los deberes sociales. El segundo convierte al estado en el único

---

[25] Cf., Catoggio, J. P., Das theologische Menschenbild, p. 204-205.
[26] Cf., Kentenich, J., Studie 1949, p.352.
[27] Cf., Kentenich, J., Werktagsheiligkeit 1937, p.103.
[28] Cf., ib id., p.107-108.
[29] Cf., Kentenich, J., FrM 1946, p.39.
[30] Kentenich, J., IPT 1930, p .58.
[31] Op. cit., p 58-59.

dueño de la propiedad ahogando la libertad y el derecho a poseer algo propio[32].

El derecho a la propiedad privada protege y asegura la dignidad del hombre. Pero este es un derecho socialmente limitado por el bien común y el destino universal de los bienes.

.

La libertad, el derecho al trabajo y a la propiedad privada son los derechos básicos que hacen posible la dignidad del hombre. Cualquier violación a alguno de estos derechos es una herida a la dignidad y una ofensa a Dios. De esta manera el concepto de dignidad se convierte en algo real y concreto. Luchar por estos derechos significa dignificar al hombre.

2.2. La opción preferencial por los pobres

Con la opción preferencial por los pobres, que fuera formulada en Puebla, se generó toda una corriente de vida que ha traspasado las fronteras de la Iglesia latinoamericana. Signos concretos, opciones pastorales, reflexiones teológicas y estilos de vida han ido enriqueciendo asía este gran río. Esta breve y fecunda historia de la opción por los pobres posee un sitial de honor en una Iglesia que debe responder ante el dolor de tantos millones de hombres y mujeres que viven en situaciones indignas. Pese a que el Padre Kentenich no alcanzó a conocer estos últimos desarrollos de la Iglesia, en su tiempo llamó a solucionar radicalmente el problema de la pobreza[33]. Un año antes de morir insistía diciendo que mientras no se solucionara la pobreza en los países latinoamericanos, Schoenstatt no cumpliría su tarea[34]. El mismo año de su muerte invita a los asesores de Schoenstatt a construir una Iglesia nueva: "La Iglesia debiera ser cada vez más una Iglesia pobre, una Iglesia que ama la pobreza; una Iglesia que se va despidiendo de la pompa y una Iglesia que es amiga de los pobres"[35].

2.2.1. Fundamentación bíblica

Para el Padre Kentenich, el libro del Éxodo es la historia de Dios, que opta, a través de Moisés, por un pueblo oprimido, con la intención de liberarlo de la esclavitud.: “Moisés es un héroe de la libertad. Ustedes se imaginarán qué significa transformar un pueblo esclavizado en un pueblo libre, un pueblo que tuvo que realizar trabajos de esclavo, que tuvo que cargar el yugo de la esclavitud”[36]. La tarea de Moisés consistió en liberar de la esclavitud a un pueblo explotado y conducirlo a una tierra nueva donde reinara la justicia. Dios se compadece de un pueblo que amaba entrañablemente y que se encontraba en una situación de enorme necesidad. Moisés es la respuesta de Dios a este pueblo herido en sus derechos fundamentales: “Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores: pues ya conozco sus sufrimientos”. He bajado para liberarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel… Así pues, el clamor de los israelitas ha llegado a mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimían.” (Ex. 3, 7-9).

El Padre Kentenich vincula la historia de Moisés con el Magnificat de María: Ella es, como Moisés, una gran revolucionaria[37]. En Moisés se destaca su lucha por la libertad de un pueblo oprimido; en María su lucha por dignificar a los pobres: “Y enalteció a los humildes” (Lc 1, 52). Esta célebre frase ha sido la bandera de las revoluciones de la historia que han querido tomar

---

[32] Cf.,Kentenich, J .Studie 1955, p.39.
[33] Cf.,Kentenich, J., Marianische Sendung 1945, p.181.
[34] Cf., Kentenich, J., Patex 1,1967, p.189.
[35] Kentenich, J., 2Stl 1968, p.386.
[36] Kentenich, J. DDIV, 1963, p. 209-210.
[37] Op. cit., p. 197.

en serio el dolor de los pobres y el respeto a la dignidad[38].

El Magnificat es un poema dirigido a Dios, origen y fuente de las maravillas recitadas por María. El himno comienza contando la relación de María con Dios, para concretar, en una segunda parte, el amor de Dios por los hombres oprimidos. El poder y la misericordia de Dios crean un nuevo orden social: “derribó a los potentados de sus tronos y enalteció a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada.” (Lc 1, 51 – 53). El mismo Padre Kentenich alaba la claridad y radicalidad de este poema: “…entonces tienen que salir de nuestros círculos muchos hombres que apliquen estas palabras a las preguntas más actuales de nuestro tiempo: la economía, la tecnología, la relación entre las clases altas y bajas. Esto es una revolución. Lo que se encontraba abajo llega arriba y lo que estaba arriba bajará. ¿Qué significa esto? ¡No puede haber una clase de privilegiados!... Todos somos iguales ante los ojos de Dios. En el cielo no habrá opresiones[39]. De esta manera el Magnificat mantiene una polaridad tensional creativa: una primera parte, Lc 1,46-50, describe la relación de amor y misericordia de Dios con María; relata sus favores en la historia de una mujer escogida. En la segunda parte se desarrollan las leyes del nuevo reino de Dios; se explicitan los contenidos de la revolución con su doble profecía de dignificar a los pobres y de saciar a los hambrientos. (Cf., Puebla, n. 297). La fuerza de la segunda parte surge de la primera y ésta expresa su amor y misericordia en la segunda. Se trata de una revolución con Dios y para los hombres.

En la parábola de los invitados que se excusan (Le 14,15-24), Jesús vuelve a insistir en su amor por los más pobres. Debido a que el primer círculo de los invitados al banquete - los amigos y parientes del Señor de la casa - no llegan, el anfitrión manda convidar a los pobres, ciegos, enfermos y olvidados de la ciudad- que corresponden al segundo círculo de invitados; no contento con esto se invita a los que vivían fuera de la ciudad: el tercer círculo. Para el Padre Kentenich el anfitrión que prepara el banquete representa a la Iglesia. El primer círculo de invitados corresponde a las clases dirigentes de la ciudad, los poderosos ante los ojos de los hombres. Pero ellos se encuentran tan ocupados que no tienen tiempo para aceptar la invitación de la Iglesia[40]. En cambio, los más pobres acogen el llamado al banquete.

El Padre Kentenich relaciona este relato de los invitados con las tres parábolas del capítulo 15 de Lucas que conforman una especie de tríptico del amor de Dios a los más necesitados: La oveja perdida (Le 15,4-7-); la dracma perdida (Le 15,8-10) y el hijo pródigo (Le 15,11-32). Las tres coinciden en un mensaje común, pero con diferentes imágenes: en las tres los que sufren son motivo de especial cuidad o y misericordia de Dios. "¿Dónde se encuentra aquí el acento? - pregunta el Padre Kentenich - El acento no está puesto en los ricos, los famosos, los que gobiernan al pueblo, sino en los marginados, los perdidos... Jesús se dirigió a los marginados, a los perdidos"[41].

En el juicio final (Mateo 25,31-46) se encuentra la fundamentación cristológica de la opción preferencial por los pobres: "Esta fue la actitud de los primeros cristianos. Ellos decían: Tú has visto a tu hermano, entonces has visto a Cristo... Los primeros cristianos fueron radicales. Cristo tenía para ellos otro significado. Lo que yo hago a Cristo, se lo hago a los hombres y viceversa... La sentencia del juez es muy seria: Yo tuve hambre y tú me diste de comer"[42]. La

[38] Cf. Ibid., p. 197.
[39] Op. cit., p. 199-200.
[40] Cf., AdGl 2,1962, p.128.
[41] Op. cit., p.132.
[42] Kentenich, J.,KMB 1946, p.77-78.

gracia de Dios no se funda sobre ninguna desgracia humana.

2.2.2. La pobreza evangélica

Cuando se habla de la opción por los pobres, se distinguen tres tipos de pobreza: la pobreza socio-económica o material, a la que apunta con preferencia esta opción de la Iglesia latinoamericana; la pobreza espiritual, que se refiere a la contingencia propia del hombre, a sus experiencias de dolor que abren su corazón, la vivencia de hijo necesitado del Padre de la misericordia; por último, la pobreza evangélica que corresponde al ideal presentado por el Evangelio[43]. Ella posibilita y facilita una auténtica opción preferencial por los pobres. Su primer testimonio se encuentra en la vida misma de Jesús. Contemplando la vida de Cristo, el Padre Kentenich entiende la pobreza evangélica como la renuncia librea los bienes materiales, placeres del mundo y honra personal[44]. De la pobreza de Jesús surge la gloria de Dios que no necesitó de medios humanos para traer la salvación al mundo. Cristo fundó la Iglesia con humildes pescadores de Israel: "Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados. No hay muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir lo fuerte". (1Cor 1,26-27).

Esta actitud interior y exterior de libertad frente a los bienes materiales, los placeres y la honra, debe llevarse a cabo por amor a Dios y los hombres.

En los países económicamente subdesarrollados, el pobre evangélico se encontrará irremediablemente con el pobre socio-económico. Este encuentro debiera ser ocasión de especial bendición para ambos[45]. Para que la pobreza evangélica sea auténtica tendrá que traducirse en un amor afectivo y efectivo por los "pobres involuntarios"[46] o socio-económicos. Los que aspiran a la "pobreza evangélica y no son pobres materialmente - recuerda el Padre Kentenich -, no deben olvidar que ellos son ricos ante Dios no por su riqueza, sino a pesar de ella"[47] Para la Iglesia, los pobres socio-económicos, constituyen su tesoro más valioso y ayudarlos a ellos significa servir directamente a Cristo[48]. La pobreza material no conduce automáticamente a la pobreza evangélica, aunque ella facilita el camino. Por su parte, la pobreza socio-económica encierra varios peligros: envidia, amargura, odio, complejos, etc.[49].

La dramática situación del Tercer Mundo tiende a generar así una pobreza evangélica que debiera optar afectiva y efectivamente por los más pobres y viceversa.

3. Directrices de acción

La Doctrina Social de la Iglesia apunta a una praxis pastoral que sea capaz de transformar al hombre y sus estructuras para crear la "civilización del amor". El mensaje cristiano no puede reducirse al ámbito privado, sino que se dirige a una liberación integral insertada en la tensión escatológica del "ya, pero todavía no".

A continuación, se enuncian algunas líneas de acción pastoral en el espíritu del Padre Kentenich, que surgen de las reflexiones anteriores.

---

[43] Cf., Pixley, J., y Boff, C.,opción por los pobres, Madrid 1988, p.161-181

[44] Kentenich, J., Werktagsheiligkeit 1937, p.131. 45.

[45] Cf., op. cit., p.140.

[46] Op. cit., p.224.

[47] Op. cit., p.141. El P. Joaquín Alliende, en su libro "Diálogos con María al fin del milenio", describe poéticamente esta realidad de la siguiente manera: "De todo el camello / sólo pasará por el ojo de la aguja / una lágrima".

[48] Op. cit., p.225.

[49] Cf., op. cit., p.142-146.

3.1. Una Iglesia nueva: fraternal, humilde y pobre

Todo llamado de la Iglesia a construir una sociedad más justa pasa por una sana conversión y renovación de sí misma. De su mismo seno renovado debieran surgir líderes cristianos capaces de formular sistemas económicos y políticos inspirados en el Evangelio y que logren liberar de la miseria a los millones de hombres que la padecen. La Iglesia no podrá dormir tranquila hasta el día en que todos los hombres posean las condiciones materiales y humanas para vivir dignamente.

El Padre Kentenich invita a construir una Iglesia fraternal, humilde y pobre: una Iglesia que no sea autoritaria, sino de hermanos; que tenga la valentía de pedir perdón por sus pecados y de reconocer sus errores; que baje de su trono para acercarse a los más pobres[50]. En la medida en que esta Iglesia sea modelo de un mundo nuevo, podrá inspirar sistemas fundados en el Evangelio.

3.2. Crear un nuevo orden social

El Padre Kentenich concibió siempre a Schoenstatt como un movimiento pedagógico de renovación religioso-moral: "Un nuevo orden social: a este fin aspiramos, para él nacimos"[51]. Pero para crear este nuevo orden social "hay que cuidar de realizar un nuevo orden económico, y por otro lado, luchar por una reforma moral y espiritual de los hombres[52]. En la carta del 31 de mayo de 1949, redactada en América Latina, el Padre Kentenich lanza su programa destinado a superar el capitalismo y el marxismo para construir una comunidad nueva con un nuevo ethos del trabajo[53]. Él desea rescatar lo valioso de ambos sistemas, pero en una nueva síntesis orgánica.

Esta sería la gran tarea de los laicos, cuya acción apostólica tiene como objeto impregnar del Evangelio las estructuras temporales.

En este contexto, el Padre Kentenich expone tres principios respecto a los diferentes sistemas económicos:

1. Ya que el Evangelio no determina una forma o sistema económico, la Iglesia no puede decidirse exclusivamente por un sistema. La Iglesia no debe ni tiene el derecho a hacerlo.
2. ¿Qué puede hacer la Iglesia? Ella puede decir, en casos concretos, que un sistema económico que cuida por las leyes del amor y la justicia es más perfecto en la medida en que al mismo tiempo se preocupa por el bien de los hombres y por la seguridad de su moral. La Iglesia puede decir que un sistema económico corresponde más al Evangelio, pero no puede obligar a asumir ese sistema económico.
3. Si la Iglesia ve que un sistema económico que es más controlado por el estado, es decir, un sistema económico en el cual el instinto personal de consumo disminuye a favor del bien común, y que al mismo tiempo, se aseguran los sanos instintos de los derechos a la propiedad privada, - este sistema económico más controlado por el estado-, habría que apoyarlo en mayor medida que a un sistema liberal, en que el instinto de consumo personal es más fuerte"[54]

---

[50] Cf., Kentenich, 2stl 1968, p.3-9.

[51] Kentenich, J., T., z.20.01.42., II, p .45.

[52] Kentenich, J.., Zur sozialen Frage, p.205.

[53] Cf., Kentenich, J., Studie 1949, p.352.

[54] Kentenich, J., Zur sozialen Frage 1929, p. 286.

Al Padre Kentenich le preocupa el consumismo descontrolado (él lo llama "mammonismo" que conduce al hombre a la destrucción de su libertad interior cerrándole el corazón al mundo de Dios.

3.3. Una pastoral del "solidarismo"

Al peligro del individualismo y del consumismo, el Padre Kentenich opone el espíritu del "solidarismo", entendido como un vínculo comunitario que une los corazones de los hombres. Este nuevo espíritu confiere alma a las estructuras jurídicas y económicas de una sociedad. Si los hombres no se sienten vinculados de corazón, la justicia será superficial y no fundada en la certeza interior de que el prójimo es un hermano y no un enemigo en el campo del libre mercado.

El "solidarismo" se fundamenta en la filiación divina común de los hombres[55]. Este "solidarismo" debe hacerse realidad no solamente a niveles personales, sino también entre los pueblos y en toda la comunidad humana. El problema de la pobreza es mundial y si no se gesta un sistema de relaciones económicas internacionales solidarias, en donde los dolores de cualquier pueblo sean también nuestros dolores, será imposible solucionar globalmente el drama de la pobreza.

El "solidarismo" armoniza y equilibra la tensión entre libertad personal y responsabilidad social.

3.4. Algunas consideraciones prácticas

En primer lugar, es preciso hacer el anuncio valiente de la justicia y la dignidad del hombre. El Padre Kentenich reconoce la culpa de la Iglesia por no haber impregnado con seriedad el principio de la justicia y del amor en la conciencia de los capitalistas y de la opinión pública[56].

Esto implica, concretamente, que en las parroquias se debe trabajar para ayudar económicamente a los más necesitados.

En cuanto a la pastoral parroquial, el Padre Kentenich insiste en tres principios necesarios para darle carácter de familia a la parroquia: sentido solidario, dignificación de las personas y búsqueda de la felicidad terrenal[57]. Toda parroquia debe ser, ante todo, una familia.

En cuanto a la celebración de la Eucaristía, el Padre Kentenich propone lo siguiente: "Tenemos que trabajar para que la Eucaristía otorgue a los más pobres la fuerza necesaria para el diario vivir. El trabajador debe dejar, en la patena junto a la hostia, sus preocupaciones cotidianas. Él debe sentir que en el cáliz del sacerdote bulle su propia sangre. La Eucaristía debería ser para los trabajadores una vivencia comunitaria... La prédica debe adecuarse a los signos de los tiempos"[58].

Por otra parte, hay que intentar nuevamente la vinculación del trabajo y de lugares donde se realiza, con la vida litúrgica, recuperando antiguas y valiosas tradiciones de la Iglesia que han muerto por una escasa imaginación litúrgica. Antaño, en economías rurales, se realizaban bendiciones de las cosechas, de los establos, del clima, vinculando, de esta manera, el trabajo diario del hombre con Dios. En la cultura pos moderna urge crear nuevas formas litúrgicas que

---

[55] Kentenich, J., DD IV, 1963, p.221.
[56] Kentenih, J., Zur sozialen Frage 1929, p. 108.
[57] Kentenih, J., Zur sozialen Frage 1929, p. 49.
[58] Op. cit., p. 51.

armonicen y humanicen las grandes industrias y centros financieros, para ir superando esta escisión entre el mundo laboral y el mundo sobrenatural.

“La Iglesia debiera ser cada vez más una Iglesia pobre, una Iglesia que ama la pobreza; una Iglesia que se va despidiendo de la pompa y una Iglesia que es amiga de los pobres”.
(P. José Kentenich)